

tancia! Como quiera que sea, las reclamaciones fueron tan vivas, y todo el partido protestante se quejó tan altamente, que los teólogos de Helmstadt se vieron obligados á desdecirse. No hay duda que el interés del elector de Hannover debió influir también en su retractación. Los ingleses fueron los que sobre todo se levantaron contra la decisión, y los vínculos de la sangre empeñaban á la casa de Brunswick-Wolfenbützel á favorecer las pretensiones de Brunswick-Luneburgo. La universidad de Helmstadt dió, pues, el 7 de setiembre de 1708, un acto por el cual desaprobaba y condenaba la declaración precedente, como contraria á los dogmas de su comunión. Pero el golpe estaba dado, y esa desaprobación tardía no pareció debilitar la fuerza de la primera decisión. La princesa que había dado ocasión á ella abrazó esta comunión, que se le aseguraba ser buena. Hizo su abjuración solemne el 1.º de mayo de 1707, vino en seguida á España á reunirse con el archiduque, y tuvo la satisfacción de ver á muchos individuos de su familia tomar el mismo partido que ella (1).

Ya es tiempo de volver á tratar de la famosa cuestión de las ceremonias chinas, que vimos empezada mucho tiempo há. En el pontificado de Inocencio X, en 1645, vimos que á consecuencia de la relación del P. Morales, dominicano, había prohibido provisionalmente la congregación de Propaganda algunas ceremonias chinas hasta que la Santa Sede dispusiese otra cosa. En efecto, á instancia del P. Martini, jesuita, se dispuso otra cosa en tiempo de Alejandro VII, por un decreto de la Congregación de la Inquisición que en 1656 permitió aquellas mismas ceremonias, es decir, los honores meramente civiles que tributan los chinos al filósofo Confucio y á todos sus parientes difuntos. Este arreglo fué mirado co-

(1) *Memor. para servir á la Hist. ecles. del siglo XVIII*, t. 1, p. 52.

mo una sentencia contradictoria y definitiva por la mayor parte de los misioneros, aun por los dominicos, los cuales se conformaron con la práctica de los jesuitas. No se volvió á disputar sobre la palabra de que usaban los chinos convertidos para espresar el nombre de Dios, y quedaron las cosas por mucho tiempo en este estado entre los misioneros de las varias órdenes religiosas, incluso la mayor parte de los dominicos. Se aumentó considerablemente la uniformidad de prácticas y opiniones, no menos que la concordia, en la violenta persecución de 1665, muy á propósito en efecto para acabar con las divisiones.

Habiendo sido llevados á Canton todos los misioneros que pudo descubrir el gobierno, y hallándose encerrados en la casa de los jesuitas que estaban también presos, resolvieron dar fin de una vez á los disturbios y escándalos que había ocasionado la diversidad de opiniones. Tuvieron muchas conferencias en que se discutió la materia con todo el cuidado que ella requería. El P. Sarpetri, dominico, que se hallaba allí con el P. Navarrete, su superior, y con el P. Leonardi, también dominico, propuso la cuestión relativa á los honores que se tributan á Confucio y á los difuntos, y se discutió y se disputó mucho. El P. Sarpetri, preocupado al principio con la idea de que el P. Martini podía haberse equivocado en la exposición que había hecho en Roma; pero dotado de una rectitud incorruptible depuso sus preocupaciones luego que profundizó las razones que alegaron los jesuitas, convino en su dictamen, y le dió por escrito á 4 de agosto de 1668. El P. Navarrete resistió más tiempo; pero al fin en 29 de setiembre de 1669, convencido y vivamente afectado por un escrito del P. Brancati, jesuita, fué á ver al viceprovincial de la Compañía, declaró que estaba enteramente persuadido, y puso en sus manos su propia declaración por escrito: desde entonces los provinciales del orden de Santo Domingo prohibieron á sus religiosos insertar

nada en sus escritos que fuese contrario á lo que se hallaba en los de los jesuitas.

Hé ahí hechos incontestables, cuya omisión anuncia por lo menos una parcialidad sospechosa en la mayor parte de los libros y memorias que se publicaron sobre esta famosa cuestión. Que no se puede poner en duda la conformidad y la declaración del P. Navarrete, así como el verdadero modo de pensar del P. Sarpetri, resulta en primer lugar de una carta de Sarpetri, dirigida al P. de Govea, viceprovincial de los jesuitas de la China. En ella declara que ha visto el acta escrita y firmada de mano del P. Navarrete, y manifiesta tanta alegría como edificación por la resolución que había tomado este Padre: «Lo que está perfectamente de acuerdo, añade, con lo que se resolvió á pluralidad de votos en la asamblea que tuvimos en Lanki todos los misioneros del orden de Santo Domingo que allí estábamos.»

Hé aquí otra cosa que no es menos positiva. Habiendo dado á luz los jesuitas en el curso de sus disputas un libro que tenía por título: *Defensa de los nuevos cristianos*, cierto número de personas que se creyeron ofendidas en él, les intentaron en Roma un proceso que duró cerca de dos años. En el curso de este litigio, conociendo las partes contrarias que el acta del P. Navarrete, que habían referido en la *Defensa*, era para ellos una pieza decisiva, tomaron el partido de tacharla de falsa, y pidieron que fuese separada de ella. Se les contuvo con la respuesta siguiente, para la cual no hubo réplica: «El original de esta acta fué mostrado á los PP. dominicos de la China, y uno de ellos, á saber, el P. Sarpetri, dió de él un atestado en forma, que tenemos en nuestro poder con la copia de la carta misma, al pie de la cual está la aprobación y el asentimiento del dicho P. Sarpetri, firmado de su propia mano, á todo lo que contiene esta carta del P. Navarrete.» Hé ahí lo que cerró la boca á los que querían hacer pasar esta carta

por supuesta. Se ofrecía mostrar aún otras piezas originales del P. Navarrete, á los que deseaban una convicción más perfecta. Todo esto se halla consignado en una Memoria italiana que fué presentada el 7 de enero de 1693 á los comisarios del Papa, á los cuales se enseñaron en efecto estos documentos.

También es cierto, por una carta del P. Sarpetri, dirigida á la congregación de la Propaganda con fecha 12 de noviembre de 1668, que el P. Prot, vicario provincial de los dominicos, había dado palabra de que se estaría al acuerdo del P. Navarrete (1): mas algunos de sus inferiores, entre otros el P. Leonardi, que ya había resistido en las conferencias de Canton, rehusó someterse. El mismo P. Navarrete faltó también á todo lo que había prometido. Habiéndose evadido de su prisión de Canton, huyó á Europa, é hizo imprimir en Madrid dos volúmenes, en los que estableció atrevidamente todo lo contrario de lo que había firmado en la China. El segundo volumen fué prohibido por el Santo Oficio antes de acabar de imprimirse; pero el primero había salido ya y llegado hasta las Indias: entonces se obró un cambio en el espíritu de los superiores y misioneros del orden de Santo Domingo. Entretanto el P. Sarpetri, no consultando más que su rectitud, compuso un Tratado para dar cuenta á sus hermanos de las razones que había tenido para firmar la concordia del P. Navarrete con los misioneros jesuitas, y para obligarlos á ratificarle: nueva prueba y bien completa, si las precedentes dejaran alguna cosa que desear, para establecer la verdad de esta concordia. El indica el tiempo, el lugar, las causas y todas las circunstancias; la siguiente, sobre todo, merece atención: «La mayor parte de las razones, dice, sobre que se fundan los jesuitas, son sacadas del libro chino llamado *Liki* (2). El P. Navarrete, habiéndose

(1) *Defensa de los nuevos cristianos*, p. 216.

(2) *Ib.* 379.

dolas visto en el tratado del P. Brancati, esclamo: «Me ha abierto el camino: siento mucho no haber sabido esto mas pronto.» Estos pasages y muchos otros fueron citados en el libro de la *Defensa de los nuevos cristianos*, sin que nadie osase tacharlos de falsos en el espacio de diez años que duraron las contestaciones.

Ya no se trata de comparar entre sí á los PP. Navarrete y Sarpetri, para ver á quien de los dos se puede dar fé. En este, de quien la historia de su orden habla con mucho elogio, se ve un hombre honrado, prevenido en un principio, volviendo de sus preocupaciones tan luego como se le mostro la verdad, y marchando despues en la misma linea sin conocer ficcion ni tergiversaciones: mas aun cuando fuese el mas falso de todos los hombres, ¿como es posible persuadirse que hubiese escrito una obra espresamente para mover á sus hermanos á suscribir como hecha y firmada por el P. Navarrete, su superior, una acta que todos hubieran visto, tan luego como se les hubiese presentado, no ser de la mano de este Padre superior, cuya letra conocian perfectamente? ¿Cómo les hubiera alegado que, en su asamblea de Lanki, en la que se habian hallado pocos años antes, habian concluido á pluralidad de votos á favor de la opinion de los jesuitas? ¿Cómo hubiera el intentado persuadirles todos estos hechos, si ellos no hubieran sido constantes y de notoriedad pública? Por lo que toca al P. Navarrete, prescindiendo de su persona, se puede juzgar bastante de la fé que merece por su conducta y por su libro. En primer lugar, ¿qué confianza puede inspirar un hombre infiel á sus propios compromisos, que hace todo lo contrario de lo que solemnemente habia prometido, que niega en Europa lo que habia confesado en la China, y que por lo mismo queda convencido de haber engañado, bien en la China ó bien en Europa? Si su palabra está en contradiccion con su firma, su pluma se contradice á sí misma en su libro. Fuente

principal y casi única, en la que los autores de tantos otros libelos han bebido despues sus imputaciones y objeciones. Uno no acabaría si quisiese indicar todas las contradicciones que se hallan en su obra, aun en materia de hechos.

Bastará referir una relativo á la ceremonia que se hace cada seis meses en honor de Confucio, presentándole viandas y telas. El P. Navarrete en la página 12 de su segundo tomo, dice que, con ocasion de las disputas suscitadas entre los misioneros, los dominicos y los franciscanos habian sabido que jamás los de la Compañía habian permitido á los cristianos asistir á los sacrificios solemnes que las gentes de letras hacen á su maestro Confucio, aunque estos Padres, ó á lo menos la mayor parte de entre ellos, supusiesen que estos no eran sacrificios. Y en tres ó cuatro lugares del mismo libro dice en seguida que los jesuitas habian esperado treinta ó cuarenta años para explicarse sobre esto (1): «Silencio, añade, que no puede provenir sino de una conciencia cauterizada y de pura malicia.» Comparense estas dos alegaciones: ellos nunca han permitido esta ceremonia á sus cristianos, ó lo que viene á ser lo mismo, han apartado siempre á sus cristianos de ella, y han estado cuarenta años sin reprobarla ó sin explicarse. Si esta contradiccion no es bastante formal, véase aqui otra que aun lo es mas.

Navarrete echa en cara á los jesuitas un silencio de treinta años, pocos renglones despues de haber referido el mismo el texto de una de sus apologías, publicada mas de treinta años antes; texto que afirma en espresos terminos que nunca consintieron los jesuitas en que los cristianos ofreciesen á Confucio ni manjares ni telas. Hé aqui el caso que se puede hacer del libro del P. Navarrete. Cuando conviene á su malignidad, es falso que sus anta-

(1) *Defensa de los nuevos cristianos*, p. 369, 390, y 453.

gonistas hayan apartado siempre á sus neófitos de las ceremonias solemnes que se hacen en honor de Confucio; y cuando conviene á esta malignidad desmentirse á sí misma, es una verdad que su conciencia cauterizada ha retenido cautiva, sin dársele nada por el escándalo que causaba su silencio.

Por lo demás, el P. Sarpetri no es el único dominico que se pueda oponer al P. Navarrete. Se puede decir al contrario, con una exacta verdad, no solo que la mas sana parte, sino tambien que la mas numerosa de los misioneros de este orden fué por mucho tiempo del mismo modo de pensar que los jesuitas tocante á las ceremonias chinas. Como esta enumeración seria infinita, nos limitaremos al testimonio del P. Paz, que puede equivaler á todos los demas, puesto que habla, como lo asegura, refiriéndose á lo que cuentan generalmente los misioneros de su orden que estaban en la China (1). Este célebre dominico, oráculo de la universidad de Manila y de todos aquellos remotos países del Oriente, habiendo sido consultado por sus hermanos misioneros del Tunkin, les respondió que tenia por constante que en este reino Confucio no era mas mirado como un Dios que en el imperio de la China, de donde se habia esparcido su doctrina á este, y que habia sabido con certeza, por muchas relaciones de los misioneros de su orden, que en la China no se atribuye á Confucio ni divinidad ni ningún poder mas que humano, segun la creencia comun de los del país. Refiere á propósito de esto, siempre bajo la fé de estas narraciones, que tributando un neófito á Confucio los honores de costumbre, y protestando que con esto no pretendia darle sino lo que un discípulo á su maestro, y no honrarle como á Dios, los asistentes infieles replicaron echándose á reir: «¿Pensais acaso que alguno de nosotros atribuya una cosa semejante á Confucio? Nosotros sabemos muy

bien que él era un hombre como nosotros; si le tributamos nuestros respetos, es únicamente como unos discípulos á su maestro en vista de la doctrina escelente que nos ha dejado.» Los letrados chinos, añade el P. Paz, hacen comunmente profesion de ateismo, y no reconocen ni sustancia ni virtud que no esté bajo la jurisdiccion de los sentidos, como en otro tiempo los saduceos no admitian ni ángeles ni espíritus. No es posible, pues, que ellos crean á Confucio ó á su alma en estado de hacerles bien, ni que esperen de él ninguna ventaja. Lo mismo discurre tocante al culto de los antepasados. «Yo estoy convencido, dice, que los chinos paganos; lo mismo que los cristianos, no creen que las almas de sus padres muertos se hallen en los pequeños cuadros que emplean en esta ceremonia; al menos no es esta su comun opinion, pues la mayor parte de entre ellos pretenden que las almas no son espíritus ni seres inmortales.» Este testimonio se alegó tambien en la *Defensa de los misioneros jesuitas*, sin que á él se respondiese mas que con injurias (1).

A este testimonio, que pudiera bastar porque encierra tantos otros, no será fuera de propósito reunir el del venerable P. Gregorio Lopez, tambien dominico, obispo de Basilea, Vicario Apostólico, despues obispo titular de la capital de la China. Su cualidad de natural de China, primer religioso, primer sacerdote y primer obispo de su nacion, y además muerto en olor de santidad, merece una atencion particular. Este ministro evangélico, el mas antiguo de su tiempo en la China, habia estudiado toda su vida la materia de que se trata; y con todas las ventajas que tenia para esto, se debe creer sin dificultad que nadie estaba mejor informado que él de ella. Para ver cuál era su opinion sobre los honores que los chinos tributan á Confucio y á sus antepasados

(1) *Defensa de los nuevos cristianos*, p. 329.

(1) *Defensa de los nuevos cristianos*, segunda parte, p. 324, 329 y 362.

difuntos, basta recorrer las cartas que escribió en gran número sobre este punto al Papa, á la congregacion de la Propaganda, y al general de su órden. Tambien puede uno atenerse á las dos cartas que con fecha 14 de junio de 1684 escribió á Inocencio XI y á la Propaganda; pues ellas contienen en sustancia todo lo que se halla en las demas acerca del presente negocio. Hé aqui algunos párrafos traducidos escrupulosamente del original latino, que se conserva en los archivos de la Propaganda.

En su carta al Papa Inocencio, el P. Lopez, nombrado poco despues obispo de Basilea y Vicario Apostólico, informa al Pontífice de los obstáculos que encuentra para el ejercicio de su ministerio por parte del superior provincial, *persuadido*, dice, *de que yo soy opuesto á ciertas opiniones de los Padres de mi órden tocante á los puntos sobre que se disputa en la China y que se examinan en Roma, y que soy adicto á las opiniones contrarias, que son las de los Padres de la Compañía de Jesus.* La carta mas estensa que dirigia á la congregacion, da á esta toda la claridad que se puede desear. El P. Lopez declara en ella que aun cuando no haya consentido sino por la órden del Soberano Pontífice en ser hecho obispo y Vicario Apostólico, el P. Calderon, su superior provincial, y el P. Alarcon, vicario provincial en la China, hacian todos los esfuerzos para impedir que fuese consagrado, por la razon de que era de la opinion de los jesuitas sobre ciertos puntos de controversia concernientes al culto civil, á la Religion, á la idolatría y á la secta de las gentes de letras. «Estos religiosos, dice en espresos términos, llevados de un falso celo, se han persuadido que es una afrenta y un deshonor para mi órden, que yo, que soy chino de nacimiento, y por consiguiente mas inteligente en los caracteres ó letras del pais, mas sabio en la lengua y mas hábil en la lectura de los libros chinos que ninguno de los europeos, que sé descifrar

el número casi infinito de las letras chinas, y que conozco mejor sus significaciones geroglíficas, no sea de su opinion, y que sigo en muchas cosas la de los PP. de la Compañía de Jesus, sin considerar que el amor de la verdad debe ser superior á todas las demas consideraciones. Estos buenos religiosos quisieran que un hombre de setenta años como yo, que el misionero mas antiguo de la China, que hace cuarenta años se dedica á este género de controversia, se hiciese el discípulo de algunos que aun no son mas que escolares, dejándose así llevar de todo viento, en vez de buscar solo el bien de las almas. Lo que tanto los ha animado contra mí, es verosimilmente un libro que compuse hace poco, sobre esta materia, en virtud de las reiteradas órdenes de mi superior, en el que he hecho ver que estos Padres misioneros de mi órden torcian y aniquilaban el verdadero sentido de los libros de la filosofía china, por la pretendida significacion literal que le daban al traducirlos, y que con esto se precipitaban en un abismo de dificultades de que no se puede salir, engañándose á sí mismos de propósito, y precipitándose unos sobre otros en el error.»

Si de este testimonio del P. Lopez no se sigue evidentemente, así como de tantos otros, que la opinion de aquellos de sus hermanos que pensaban de otro modo no era la mas mal fundada se vé uno obligado á concluir que la opinion de los antagonistas era al menos muy plausible, y su conducta perfectamente intachable. Lejos de hallar en ella que censurar, habria motivo para quejarse de ellos, si antes de los últimos decretos de Roma hubiesen obrado de otro modo; porque segun la regla dada por la Sagrada Congregacion á los misioneros de aquellos paises, basta que las costumbres no sean evidentemente contrarias á la Religion y á las buenas costumbres; *modo non sint apertissime Religioni, et bonis moribus contrariae*, para tolerarlas en los neófitos

y para no intentar en manera alguna cambiarlas (1).

Consideremos en fin estas costumbres en sí mismas, y veamos con nuestros propios ojos que al menos la supersticion y la idolatría no son evidentes en ellas. La primera en honor de Confucio se reduce, segun el modo de saludar en la China á las personas de primer órden, en postrarse y tocar la tierra con la frente delante del nombre de este filósofo, escrito con caracteres muy grandes en un carton que está á la vista sobre una mesa, con braseros y velas encendidas. Antiguamente se tributaban estos honores á la estatua de Confucio; pero advirtiéndolo los emperadores que empezaba el pueblo á mirarla como un ídolo, sustituyeron el carton en todas las escuelas del imperio. Los mandarines practican esta ceremonia cuando toman posesion de sus gobiernos, y los bachilleres cuando reciben sus grados, los cuales no se confieren sino de tres en tres años. Pero los gobernadores de las ciudades tienen obligacion de ir de quince en quince dias con los letrados que hay en ellas á tributar este honor á Confucio en nombre de toda la nacion. Hay otra ceremonia que se hace con mas pompa en primavera y en otoño. Como los misioneros la prohibieron siempre á los cristianos, porque no habia ninguna ley que obligase á asistir á ella, es inútil esplicarla en particular; bien que por otra parte no se diferencia de la que los príncipes y los grandes practican de seis en seis meses en honor de sus antepasados. De donde puede inferirse la veneracion con que miran los chinos á un doctor á quien tributan los mismos honores que á sus soberanos difuntos.

En cuanto á las ceremonias pertenecientes á los muertos, hay tres tiempos y tres modos de practicarlas. La primera ceremonia se hace del modo siguiente antes de enterrarlos. En una mesa que se coloca delante del ataúd

(1) *Instruct. S. Congreg. de P. F. ad vicarios apost. p. 148.*

en que está el cadáver, se pone su retrato ó su nombre escrito en un carton, y en ambos lados flores, perfumes y velas encendidas. Los que van al duelo, saludan al difunto segun el estilo del pais, postrándose y tocando la tierra con la frente delante de la mesa, en la cual ponen tambien ellos mismos algunas velas y perfumes que llevan consigo. La segunda ceremonia se hace de seis en seis meses. En una mesa arriada á una pared y llena de gradas, se ve la imágen del mas respetable de los antepasados, y por una y otra parte están escritos en tablitas los nombres de todos los demas muertos de la familia, con la calidad, empleo, edad y dia de la muerte de cada uno de ellos. Los cristianos suelen poner encima de estas figuras una cruz ó alguna imágen devota. Todos los parientes se juntan en esta sala dos veces al año, en primavera y en otoño. En las casas de los grandes hay un cuarto particular, llamado de los difuntos y reservado para todo esto; y se pone en la mesa vino, viandas, perfumes y velas, con las mismas saluciones y ceremonias que cuando se hacen regalos á un nuevo gobernador, á los primeros mandarines cuando celebran sus dias, y á las personas de distincion á quienes se quiere dar de comer. El pueblo se contenta con conservar los nombres de sus antepasados en el lugar mas decente de la casa, sin ninguna otra ceremonia. La tercera se hace una sola vez al año, á principios del mes de mayo. El padre y la madre, con sus hijos, se trasladan entonces á los parages retirados donde los chinos suelen tener sus sepulcros, donde despues de arrancar las malezas ó la yerba que hay al rededor de las sepulturas de sus padres, reiteran las demostraciones de dolor y de respeto que habian hecho con ellos en el momento de su muerte, y ponen encima del sepulcro viandas y vino, con lo cual celebran despues un banquete.

Estos son los usos que se observan en la China desde los primeros tiempos de la monarquía; y no podría uno dispensarse de ellos, á me-

nos de pasar por un infame. Como la primera de las virtudes en la China es la piedad filial que se procura sostener con estas prácticas, los que no las observan serian tachados de la mas odiosa ingratitud para con aquellos de quienes habian recibido el ser, y mirados como monstruos indignos de la vida, cuyos autores desconocian. Hay tambien otras ceremonias á las cuales los chinos idolatras añaden algunas veces verdaderas supersticiones; mas como no son comunes á toda la nacion, pueden los cristianos abstenerse de ellas, y los misioneros jamás les han permitido practicarlas. Aun mas, cuando los cristianos se encuentran por casualidad con paganos que practican estas supersticiones, y no pueden impedir las, las reprueban altamente y protestan que no toman en ellas la menor parte. Si algunos no han sido siempre fieles á esta regla, á ellos debe echarse la culpa, y no á los que la prescriben.

A pesar de todas estas consideraciones, se aumentaba cada dia en la China el partido del P. Navarrete ó de su libro, y al fin adquirió un grado muy superior en el año 1684 con la llegada de los misioneros del seminario de Paris. Dedicaronse desde luego estos franceses á estudiar la lengua china, que es mas estensa por sí sola y mas difícil que la mayor parte de las de Europa juntas. Solo un talento extraordinario para las lenguas, y un trabajo no interrumpido, pueden hacer del mas docto europeo un buen gramático chino. Todas las relaciones convienen en este punto; y se conviene igualmente en que muchos jesuitas, por un largo estudio y un trato asiduo con los letrados del pais, habian llegado á conseguir el escribir de una manera que podia escitar la envidia de los nacionales. «Los libros escritos en chino por los Padres de la Compañía de Jesus», dice el P. Navarrete (1) en el mismo libro en que tanto los maltrata, me parecen no solamente bien sino muy bien escritos. Yo ala-

(1) Tom. II, p. 6, col. 1.

bo su trabajo, admiro su erudicion, y les profeso un reconocimiento muy sincero, por cuanto, sin ninguna molestia por nuestra parte, nosotros los franciscanos y dominicos hallamos en ello mucho de que aprovecharnos en las ocasiones en que tenemos necesidad. Si los sacerdotes de las misiones extranjeras suscribieron en un principio á este testimonio, no tardaron mucho tiempo en desmentirle, al menos algunos de entre ellos se figuraron bien pronto saber lo bastante para decidir que ningun jesuita habia entendido los autores clásicos de la China, y que todos se habian engañado aun en la inteligencia de los términos mas esenciales.

Maigrot, el mas celebrado por su erudicion china, cuya justa medida no tardaremos en dar á conocer, fué el primero que se declaró abierta y decididamente contra dichas ceremonias, seguro del apoyo de los dominicos cuyas disposiciones habia observado á su placer. Siendo un mero vicario apostólico en la provincia de Fokien, desaprobó y prohibió por un edicto de 26 de marzo de 1693 lo que habia sido permitido y autorizado por la Santa Sede. El Papa Alejandro VII y la congregacion del Santo Oficio, habian reputado verdadera la relacion del P. Martini; Maigrot la declaró falsa en muchos puntos. El Papa y la congregacion habian creído, segun el dictámen de personas bastantemente instruidas en el idioma chino, que la palabra *Tien* espresaba suficientemente el nombre de Dios; Maigrot decidió, que solo significaba el cielo material, y prohibió en el edicto que se usase de ella sin acompañarla con otro nombre cuando se hablase del verdadero Dios. Para esto habia consultado á dos literatos que tenia á su servicio; de los cuales uno no pasaba por hábil, y el otro aun que mas ilustrado, era de malas costumbres, tanto que los jesuitas no habian querido concederle el bautismo, y así lo recibió de manos de Maigrot, y apostató poco despues.

Este edicto no podia menos de ocasionar algunas alteraciones muy sensibles, y por lo mismo disgustó á los misioneros de todas las órdenes religiosas, que conocian las costumbres y el carácter de la nacion y que no se habian propuesto persuadir á la Europa fuese mala la práctica de los jesuitas. Un escritor que parecia no haber leído ó mas bien que habla como si no hubiera leído mas que los escritos de una de las partes, dice que ese edicto solamente disgustó á los jesuitas (1); pero segun los escritos contrarios, en los que se nota bastante verosimilitud, siquiera para ser merecedores de algo mas que de un silencio afectado, parece antes bien que fué desaprobado por la mayor parte de los obispos y operarios evangélicos, que estaban dispersos en las varias provincias de la China, sin contar los neófitos, los cuales se hallaban mas en disposicion que sus pastores de decidir un punto de esta naturaleza. Un incidente particular contribuyó tanto como esta diversidad de disposiciones á que no tuviese efecto lo mandado por el vicario. Acababa el Papa de crear en la China dos nuevos obispados, cuyo distrito comprendia el Fokien, y atribuia su nombramiento al rey de Portugal, como soberano de Goa, metrópoli de todas aquellas estremidades del Asia. Publicáronse allí las bulas de ereccion, y el arzobispo de Goa, usando de su derecho de metropolitano en la vacante de estas nuevas iglesias, habia enviado á ellas vicarios generales. Sin embargo, sostuvo Maigrot que, siendo la congregacion de *Propaganda* la que le habia dado sus facultades, á ella la correspondia revocarlas y que hasta esta revocacion subsistian en toda su fuerza y vigor. Durante esta lucha de jurisdiccion, fué cuando espidió su edicto el vicario apostólico, sin que hubiese casi ninguno que le acompañase en su modo de pensar. No obstante, declamó con gran vehemencia contra el poco aprecio que se ha-

(1) Dupin, *Hist. Eccl. del siglo XVII*, t. 4, p. 130.

cia de sus mandatos; y secundándole con calor sus hermanos en Europa publicaron por todas partes que los jesuitas habian administrado los sacramentos en la provincia de Fokien, sin facultades para ello.

Habiendo producido estos clamores todo el efecto que se esperaba, comenzó Maigrot el proceso que meditaba hacia lo menos un año: hizo partir para Roma á su hermano de hábito Charmot, el cual presentó el 19 de marzo de 1697 á la congregacion del Santo Oficio una Memoria para la defensa del edicto que se habia hecho llegar á manos del Papa desde el año anterior, con una solicitud pidiendo un nuevo reglamento sobre las ceremonias chinas. El asunto se urdió tan secretamente en Roma misma, que los jesuitas no tuvieron noticia de él hasta mediados de octubre de 1699, por un escrito titulado *Quaesita in causa rituum sinensium*: «Cuestiones sobre las ceremonias chinas:» que el Santo Padre mandó se les comunicase. Esta pieza se habia trabajado únicamente sobre las Memorias de Maigrot y de Leonisse, aunque el Papa la creyó redactada de acuerdo con los PP. de la Compañía. Estos presentaron inmediatamente al Pontífice una Memoria en que protestaban que no habian podido leer sin horror lo que contenia la esposicion de los sacerdotes de las misiones, y que ellos hubieran sido los primeros en condenar las ceremonias en cuestion si estas fuesen tales como se queria persuadir.

Sin embargo, se verificó una sublevacion espantosa contra la Compañía. Todos sus enemigos y rivales entraron sin reparo en la liza. Que una secta anatematizada veinte veces y furiosa contra los que creia habian arrancado contra ella los anatemas aprovechase esta coyuntura para presentar como fautores de la idolatria y corruptores del culto cristiano á los mas ardientes defensores de la doctrina y de las observancias romanas, nada tiene de extraño y que no se haya hecho en todos tiempos por las diferentes sectas; pero jamás se vió

cosa mas estraña ni mas violenta que la carta al Papa que se publicó en 1700 en nombre del superior de las misiones estrangeras de Paris. Esta carta fué seguida de un diluvio de libelos de todas manos, en que el error y la ortodoxia parecieron coaligarse para infamar para siempre á la Compañía.

Los jesuitas hicieron frente por todos lados, y no dejaron sin réplica ninguno de los cargos, aun los menos dignos de atención. Combatieron á sus adversarios con sus propios escritos, é hicieron ver que forzados por la evidencia, habian reconocido en ellos que Confucio y los antiguos no eran honrados como divinidades por los letrados de la China. Citaron una Memoria latina de Charriot, agente de Maigrot en Roma, en la que se encuentra esta confesion en términos espresos: *Nusquam diximus Confucium a Simis litteratis, ut Deum, majores, ut numina coli* (1). Y por una consecuencia muy natural de esta confesion, concluian que los honores tributados á Confucio y á los antepasados no eran idolátricos. En efecto, no hay idolatría sin idolo, ni culto religioso sin divinidad. «Por que ¿quién se ha imaginado, dice San Agustin (2), que se debiese sacrificar á otro que aquel que se ha sabido, ó se ha creído, ó se ha fingido que era Dios?» Si pues los chinos no atribuyen ninguna divinidad á su filósofo ni á sus antepasados, los honores que les tributan no son idolátricos. Aun mas, estos PP. establecieron, sobre hechos bien comprobados y que jamás han sido contradichos, que sus adversarios habian permitido y autorizado, y que hasta habian practicado ellos mismos en China las ceremonias que hacian pasar en Europa por idolátricas; que asimismo habian empleado las palabras *Tien* y *Chamti* para significar el Dios del cielo ó el verdadero Dios.

Alegaron el ejemplo de multitud de misio-

(1) *Disputatio quorundam locorum* lib. 1. c. 4.  
(2) S. August. de Civitate Dei, l. 1, c. 4.

neros de todas las ordenes, entre otros el P. Francisco Varo, dominico, que tanto escribió contra ellos, y á quien no obstante, toda la ciudad de Canton habia visto con los de su orden y de su opinion practicar estas ceremonias como deberes de pura política, y no hacer ningun escrupulo de ello cuando se presentaba la ocasion. Lo que hay de mas singular es que el mismo Maigrot no pudo menos de practicarlas en la provincia de su jurisdiccion. Habiendo muerto un mandarin el 17 de noviembre de 1699 en Fortcheou, capital de Fokien, le tributó su familia los honores acostumbrados. El cadáver estaba espuesto en la habitacion reservada para este uso: velase delante del féretro el carton ó pequeño cuadro con la inscripcion ordinaria, puesto sobre una mesa que estaba adornada en forma de altar, y sobre un retablo, candeleros, flores y perfumes. El vicario apostólico, en traje de luto, fué por cortesia á esta casa el último dia de la ceremonia, se acercó á la mesa, ofreció ante el cuadro velas y pastillas que puso luego sobre la mesa, hizo despues cuatro postraciones, y dió cuatro veces con la frente en el suelo. El hecho está comprobado con las reconveniones públicas que le dirigieron en seguida los cristianos de Fortcheou, viendo que no estaba de acuerdo consigo mismo. De estos hechos incontestables, y que no se han impugnado porque eran demasiado notorios, se sigue al menos que Maigrot no sabia bien á qué atenerse sobre la cuestion de las ceremonias, y que aquellos á quienes acriminaba por ellas no eran verdaderamente culpables, ó que él lo era mucho mas que ellos.

Verosimilmente estas inconsecuencias fueron las que movieron al obispo de Ascalon y de Benavente, sacado del orden de San Agustin, á escribir desde Nanchanfou, el 20 de noviembre de 1700, á los cardenales de la Propaganda, á fin de prevenirlos contra los planes de los sacerdotes de las misiones estrangeras. Les advertia entre otras cosas lo que le

habia dicho el obispo de Pekin, aunque amigo particular de ellos, que temia mucho que atacando la opinion de los jesuitas, se dejasen llevar de miras puramente humanas. El abate Cicé, mas consecuente que Maigrot, aunque hermano suyo de hábito, se conformó invariablemente á la práctica de los jesuitas durante todo el tiempo que estuvo en la China, sin ceder á los clamores del gran número de sus compañeros, que la trataban de supersticiosa.

El Papa Inocencio XII, sin decidir nada sobre el conflicto de jurisdiccion suscitado en su tiempo entre Maigrot y el arzobispo de Goa, puso término á él desmembrando de los dos nuevos obispados, que eran de una estension inmensa, diferentes provincias que asignó á los vicarios apostólicos. El Fokien quedó á Maigrot, que poco despues fué nombrado obispo de Conon. Su primer acto de jurisdiccion cierta fué poner entredicho á los jesuitas portugueses que durante la disputa se habian declarado por el arzobispo de Goa. Semejante uso de la potestad eclesiástica era enteramente nuevo para la China: irritó á los pueblos de Fokien, los mas altivos de la nacion mas orgullosa del mundo, que lo tomaron á injuria, tanto y aun mas por sí mismos que por sus pastores.

Sobrevino poco despues la semana de Pascua, y á la sazón no habia en la capital mas que cuatro sacerdotes, á saber: el obispo, un dominico, y dos jesuitas portugueses. Los nuevos cristianos se reunieron en número de cuarenta poco mas ó menos, y fueron á rogar al vicario apostólico que permitiese á los que los habian engendrado en Jesuismo administrar los Sacramentos que son de precepto en el tiempo de la Pascua; pero nada pudieron conseguir. Aunque ofendidos de esta primera negativa, se contuvieron sin embargo: volvieron al dia siguiente á hacer una segunda súplica, se postraron á la puerta del vicario, que se mantenía cerrado, y pidieron á grandes voces, en el nombre de Jesus crucificado, que se les

permitiese confesar con los Padres de sus almas. El obispo de Conon se presentó solamente para tratarlos de gente grosera, de ignorantes y de niños sin razon. Esta última palabra apuró la altivez china. Apoderáronse del prelado, le echaron en cara no haber saludado al Crucifijo que uno de ellos tenia en la mano; de tiraron el sombrero al suelo, y le obligaron á ponerse de rodillas delante del Crucifijo. Habiéndose llegado entonces un Padre dominico, llamado Croquer, le cogió por la barba (un bachiller y le amenazó arrancársela si no hacia que se concediese á los cristianos lo que pedian. El dominico, que hacia alarde de mucha presencia de espíritu, respondió que justamente venia con ese objeto, y que si se retiraban arreglaria todas las cosas. No fué menester mas para hacer que se retirasen los agresores. Sin embargo, el obispo de Conon publicó que uno de estos neófitos habia sacado un cuchillo para matarle; pero se probó que el prelado habia tomado un rosario por un cuchillo: que el pretendido asesino no tenia ni cuchillo ni puñal, y que era de la clase del pueblo que jamás lleva semejantes armas. Se quiso además hacer recaer este asesinato imaginario sobre los jesuitas; pero la atestacion de sesenta y dos cristianos no permitió hiciese fortuna esta calumnia. Al dia siguiente se alejó tres jornadas el prelado, y el dominico se ocultó en la vecindad. Con esto los neófitos recobraron su primera animosidad, haciéndola llegar al colmo un nuevo incidente. Habiendo caído enferma una muger cristiana, no sabiendo estos nuevos fieles que los sacerdotes suspensos podian confesar en una necesidad urgente, advirtieron del peligro á algunos criados del obispo y del P. Croquer. El portero del prelado y uno de sus catequistas les respondieron que bastaba en el caso presente que la enferma rezase un *Padre nuestro* y cinco *Ave-Marias*. La muger murió en efecto sin sacramentos, y los neófitos, no pudiendo contenerse, hubieran llevado